

El proyecto de educadores de calle se enmarca dentro de los programas de prevención y control de absentismo escolar

y el programa de convivencia de la Delegación de Educación. “Aparte de detectar chicos y chicas que no están asistiendo al centro escolar, trabajamos también desde hace bastantes cursos la prevención”, explica Ana Domínguez, técnico de Educación y coordinadora del proyecto. Con los chicos de Secundaria trabajan habilidades sociales, de comunicación, de resolución de conflictos... Una prevención en la que intervienen también otras delegaciones, para realizar un abordaje integral: Deportes, CAID, Mujer, Bienestar Social, Policía... e implicando no solo a los alumnos, sino también a familias y profesorado.

Pero la pandemia ha trastocado mucho su trabajo y la excepcional vuelta a las aulas que en el segundo ciclo de Secundaria es semipresencial, lo ha dificultado aún más. “A los chavales les repente les hemos obligado a que se gestionen solos sus tiempos, su forma de estudio y por otro lado, a nivel social se han generado también miedos, desapego al grupo. Este encierro que todos sufrimos les ha venido muy grande”, explica Domínguez. Patologías como la ansiedad y el estrés, se han acrecentado.

El porcentaje de absentistas en esta situación se ha duplicado. “Los dos cursos donde más absentismo hay son tradicionalmente 1º y 2º de la ESO: precisamente en el cambio de etapa educativa. No estamos trabajando con ellos para que ese tránsito sea suave”. Pero la semipresencialidad en 3º y 4º de la ESO ha fomentado también “el desapego, el desarraigo, la apatía y la falta de rutinas y de hábitos de trabajo. Ahora vemos mucho más movimiento de chicos en la calle”. Los turnos de entrada y de salida, las jornadas de clases alternas, hacen que sea más difícil el control y ahí “surge la posibilidad de la contratación de los tres educadores de calle para trabajar en esos grupos”. Con una concepción diferente a cómo lo haría la Policía con el programa de Agente Tutor, por ejemplo. “La suya es una labor más legal y la nuestra es una labor más pedagógica, más educativa, de acercamiento al chico la chica o incluso al grupo para detectar por qué están faltando, qué necesidades tienen”.

Y ahí entran Adrián, Sara y Noemi. Los tres jóvenes educadores de calle que desde hace varias semanas trabajan principalmente en los barrios de Juan de la Cierva, Sector III y San Isidro. “Tuvimos que priorizar los barrios en los que intervenir. En otros ya trabajan educadores de calle de Bienestar Social”. ¿El ob-



EL PROGRAMA DE EDUCADORES DE CALLE PARA PREVENIR EL ABSENTISMO ESCOLAR BUSCA DAR ALTERNATIVAS A LOS JÓVENES

Los ‘hermanos mayores’ de la calle

POR RAQUEL GONZÁLEZ
FOTOS: PABLO CABELLOS

ESTUDIAN EL ENTORNO CON UNOS OJOS DIFERENTES, CON LA MIRADA DEL QUE BUSCA A CHAVALS DESCOLGADOS, fuera de lugar, que deberían estar en el colegio o el instituto, en lugar de en un banco. Con la semipresencialidad en Secundaria su trabajo se complica, pero ahí están, tendiendo una mano a aquél que lo necesita. Cuando el centro educativo no llega, ahí están los educadores de calle.

jetivo? Acercarse a chavales “y que no sientan rechazo, que podamos actuar con ellos de tú a tú, no tanto como una autoridad, sino para entender por qué están faltando a clase o por qué se juntan con sus amigos en horario escolar”, explica Adrián. Es por eso que prefieren no salir en las fotos, para que no se les vea como una amenaza.

Las primeras semanas han sido de toma de contacto. “Nos hemos

reunido con los institutos para ver el entorno dónde se mueven, para ver grupos habituales que pueden estar faltando a clase y para ver comercios donde se pueden ir”. “Cada instituto tiene su universo paralelo: muchos el problema es en 1º y 2º de la ESO; otros 3º y 4º. Hay institutos donde es más difícil salir, mientras que en otros es fácil saltarse la valla”, apostilla Sara. Tras las fase de reconocimiento, empezarán con la

interacción. “Acercarnos, decirles ‘somos educadores de calle; estamos para lo que sea’. Que nos vean, que nos reconozcan entre los dos, que sepan que estamos para ayudarles, para entender su situación”, asegura Adrián. Estudian la situación y valoran si acercarse uno, dos o los tres.

Han recorrido las tiendas de la zona para implicar a otros estamentos. “Sí hemos visto que por falta de in-

formación o por falta de la creencia de que ellos son educadores también, no tienen esa necesidad de informar de que hay un chaval en la calle. Es como si fuera algo privado, cosa de los padres, de la familia”, explica una de las educadoras. “Llegamos a la conclusión de que no se nos conoce, ya no solo los recursos de la Delegación de Educación sino los de su propio barrio”, apostilla Ana.

En el Sector III, por ejemplo, ya les reconocen algunos grupos y ahora su objetivo “es acercarnos a hablar con ellos de la forma más natural posible. Ver de qué manera podemos ofrecerles recursos y apoyarlos en lo que sea”, cuenta Adrián. “Cuando un niño está faltando a clase es la señal de alarma pero es la punta del iceberg: nunca es una única causa. Si conseguimos que el chico o la chica se encuentre bien emocionalmente y que se resuelvan sus problemas, lo académico es secundario para mí”, explica Ana. “Detrás de cada chaval por muy cafre que sea, hay una historia, hay una infancia cuya consecuencia es que esté en la calle, que sea conflictivo, que sea agresivo, que no estudie... hay veces que hay situaciones muy duras”.

Como equipo, Sara, Noemi y Adrián se coordinan bien. “Hemos trabajado con adolescentes ya sea por el lado del voluntariado en asociaciones o de comisiones. Sabemos cómo trabajan y cómo se sienten y en un momento dado cómo saber gestionar una situación y cómo podemos ayudarles y darles herramientas”, cuenta Sara. “Al final cada uno ve una cosa. Nos ponemos en medio del recreo y no se nos ve. Pero hay una cantidad de chavales totalmente diferentes y no puedes verlos a todos. Entre todos llegamos a muchas más hipótesis, mucha más información, que al final es lo relevante”, explica a su vez Noemi.

Buscarán que el proyecto continúe el próximo curso y “que se vea la necesidad de un educador de calle y el problema que hay con el absentismo”. De momento, tienen hasta final de curso para poder ayudar a los chavales en su entorno, en la calle. ●



EL PERFIL DEL ABSENTISTA

Ana Domínguez quiere desmontar mitos. “A lo mejor la gente piensa en una familia desestructurada

y no necesariamente. Y entre chicos y chicas el porcentaje está 50/50. No hay diferencia por sexo. Lo que sí se nota es que en 1º y 2º siempre ha tenido más absentismo: si flaqueas en Primero, es muy probable que ya continúes y si llevas ya arrastrando una repetición de Primaria eres carne de cañón”. Hay chicos en 2º que tienen que seguir escolarizados hasta los 16 años pero “no es fácil tirar para adelante cuando tú tienes 15 años y tus compañeros tienen

12. Se sienten fracasados”. Incluso pueden ser familias de nivel sociocultural medio-alto pero “por una sobreprotección de los padres, el niño no tiene normas, no tiene rutinas o hace lo que quiere”. También hay otros perfiles más complicados con “familias muy necesitadas que fundamentalmente su objetivo es conseguir pan para comer y evidentemente la educación pasa a un segundo plano”. Además hay un tipo de absentismo pasivo. “Aquellos chicos que están yendo a clase pero son muebles. Arrastran suspensos, están solos, no tienen relaciones con otros chicos, se han desenganchado... y esos no llegan porque están en clase. Esos incluso me preocupan más”. Eso añadido al incremento de niños y niñas que están yendo a salud mental, de unos años para acá. “Es algo para valorar socialmente y nuestra responsabilidad también como ciudad”.